



LA

000183717

Autor de la famosa Elegía al ají verde, rotundo defensor del mote con huesillos, grande enemigo de la vodka-cola y del ketchup foráneo, socialista-latinoamericanista-bolivariano, mestizo a mucha honra, flamante hijo ilustre de La Paz por su apoyo a la salida al mar para Bolivia.

Lo que acontece es que entre Pedro Godoy, doctor en filosofía, y las causas perdidas parece haber un pacto secreto que lo impulsa irrefrenablemente a enarbolar su lanza y dar la batalla para reivindicar numerosos asuntos que el sentido común o el realismo político proscriben por descabellados. Y para dar esta pelea, uno de sus escenarios predilectos es la sección de cartas al director de los periódicos a la que bombardea a diestra y siniestra con sus heterodoxas opiniones.

Sentado en el patio interior de su casona en calle San Ignacio, a metros del Humoresque, con su guayabera celeste, su color bronceado, empujando sobre unos destucados suecos, desafina un poco con el arquetipo del intelectual o del teórico. Más parece un carpintero a la hora de la choca, un boticario de farmacia de barrio, un empleado de Correos y Telégrafos. Pero basta que mueva los labios, que fluyan las sílabas encadenadas a su enorme mollera y emerja el vozarrón con su documentada carga de datos, procesos y relaciones, para que nos encontremos con el docente, el profesor Godoy, el historiador, el sociólogo, el director del misterioso Centro de Estudios Chilenos.

Vicente Parrini

Hombre polémico, Pedro Godoy, parece...

De eso se trata, porque nunca he podido ser gobiernista, esa es mi gran tragedia. Mi postura es crítica, de francotirador. En eso soy leal a Sócrates, el supremo maestro, aunque al final del camino nos espera el cicuta, pero no importa, forma parte de nuestro destino como maestros. Al ser calculadores somos políticos; al ser interesados, empresarios; al ser verídicos y audaces somos académicos. La réplica a este compromiso ha sido el silenciamiento y la marginación, lo que equivale a la exclusión de la vida universitaria que es nuestro hábitat, el único lugar donde la sociedad democrática acepta a personas como nosotros: es el leproso de los anticonformistas, los contestatarios. Pero si hasta de ahí nos sacan y, por otro lado, no podemos irnos a la montaña, ya que por el momento no creemos en la lucha armada, entonces debemos crear espacios, ocupar otras tribunas. Para eso sirven las cartas al director.

Uno de sus temas obsesivos parece ser el problema de la identidad iberoamericana.

Es el gran tema, a eso es a lo que he querido meterle el diente. Estoy terminando un trabajo sobre la materia que se suma a los otros tres que he producido este año.

Pero, sus posiciones no producen mucho eco en la opinión pública. ¿A qué atribuye esta indiferencia?

Aquí hay cien años de cultivo prolijo del chauvinismo, es decir, del etnocentrismo, en otras palabras del ombliguismo o, si usted quiere, de la chilenitis.

¿Y cuáles serían los síntomas de esta enfermedad?

Impide a los criollos ver más allá de sus narices y la clase política, que tiene miedo de perder sufragios, mantiene al país convertido en un sótano. Y eso no es nacionalismo, es patrioterismo. El único nacionalista válido es el sudamericano o iberoamericano. Yo parto de una tesis que es sumamente discutida, pero hay gente que la comparte: estos países

En la senda

Pedro Godoy Perrin

no son naciones, son partículas, jirones de una sola nación desmembrada. Tan desmembrada como la Alemania prebismarckiana o la Italia pregaribaldiana. El idioma, la chistografía, las manifestaciones múltiples del folclore y la gastronomía, son las mismas. Así he podido comprobarlo en mis múltiples viajes por Iberoamérica. Lo que nos separa son pequeñas, nimiedades y lo que nos vincula es gigantesco, pero a veces los árboles impiden contemplar el bosque a personas que no han viajado, que no han reflexionado o que no han tenido la oportunidad de investigar sobre la materia.

¿A quiénes concretamente atribuye este sentimiento?

Es muy generalizado, pero, por ejemplo en el discurso de la izquierda siempre hay críticas al imperialismo y a la oligarquía, jamás al chauvinismo. Es un discurso que de una u otra manera galantea a las fuerzas armadas y también al bajo pueblo que está inficionado de esta peste que es la patriotería.

IDOLATRIA, HISPANOFOBIA —También existe un cierto sentimiento de superioridad nacional basado en una abundante cantidad de mitos.

Por supuesto. Un ejemplo es el hitlerismo, el racismo disfrazado, al decir que somos el país más blanco de Sudamérica, los otros serían indios piojentes y berrachos. Luego el mito pedagógico de que seríamos los más cultos, sensatos, razonadores y hábiles, es decir la Francia sudamericana. Tendríamos también unas fuerzas armadas invictas que nunca han conocido la derrota, nuestro pabellón patrio nunca ha sido arriado y eso, claro, nos convierte en la Prusia de Sudamérica. Hay otros más manoseados como el mito alcohólico de que tenemos el mejor vino del mundo. El de las mujeres más bellas casi no resiste análisis cuando a la hora de la elección se rescatan a puras hijas de inmigrantes como Miss Chile. Las comadres de la revis-

El Orador Diego Barros [artículo] Vicente Mengod.

Libros y documentos

AUTORÍA

Mengod, Vicente, 1908-1993

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Orador Diego Barros [artículo] Vicente Mengod.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile